

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	15 reales
tracion.	28 »
Por seis id.	50 »
Un año id.	30 »
ESTRAÑERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real mas en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

El jueves murió ajusticiada Vicenta Sobrino. ¡Dios la haya perdonado!

El público sabe los detalles del crimen, y *La Correspondencia* acaba de publicar la sentencia del tribunal.

Desde que estoy en Madrid he visto subir tres mujeres al cadalso: Clara Marina, Manuela Bernaola y Vicenta Sobrino.

Las tres eran criadas: acatemos la justicia y compadezcamos á la desgracia.

Hablemos de otra cosa.

D. Julian Romea, á quien sus padecimientos tienen alejado de la escena del Príncipe, nos dice no ser cierto que haya recibido 22,000 rs. despues de haber cesado de trabajar. La cantidad que ha recibido es tan insignificante, que no vale la pena de ser mencionada.

Como no tenemos interés alguno en este asunto, ni es probable que lo tenga el público, no insistiremos más en ello, sino para decir que sentimos las contradicciones que experimentan los aficionados al arte escénico y la poca estabilidad de las compañías dramáticas.

Ya vendrán mejores tiempos.

Y no quiero decir mejor tiempo, porque es casi imposible esperar más hermosos días que los que ahora gozamos en Madrid.

Es cosa resuelta: el sol se ha hecho amigo nuestro.

—¡Oh sol! Casi estoy por cantarte en prosa, si no temiera desagradarte, cuando sé lo acostumbrado que estás á que te elogien mis colegas en versos endecasílabos.

¡Oh sol! Todas las mañanas, merced á tus rayos benéficos, descubre el mortal las manchas de su levita y las canas que asoman insolentes por entre sus cabellos negros ó rubios.

(Más bien diré negros, porque las canas tienen particular afición á ensombrecerse de una cabellera lustrosa;—sin duda desprecian el color rubio.)

Pero así como el sol descubre las manchas y las canas, vivifica la sangre, da color á las mejillas y alivia el reuma.

Y váyase lo uno por lo otro.

Sobre el papel importante que representa el sol en estos meses de invierno, no cabe discusion alguna. Quizá en verano sea su influjo más necesario; pero el hombre, que no está dispuesto á elogiar lo que le incomoda, piensa en general de otro modo.

Hago excepcion de un catedrático de historia natural, muy conocido en Madrid, que yo tuve en el colegio, y que nos sacaba á practicar en verano sobre la seca alfombra de los campos contiguos á la fuente Castellana.

Allí nos reunia en corro, donde quiera que encontráramos un bicho ó una planta, y nos decia:

—A ver, cójame Vd. ese escarabajo.

—Aquí lo tengo.

—Sientese Vd. y analicelo.

—Señor, si el sol nos achicharra.

—¡Calle Vd., no insulte Vd. al padre del día!

Y con pretexto de que el sol es el padre del día, nuestro catedrático no nos dejaba cobijarnos á la

sombra de uno de esos hermosos árboles que debiera de haber en los alrededores de Madrid.

Lógicamente no es muy fácil desechar la teoría de mi antiguo catedrático; pero aconsejo á los tronados que procuren buscarse los medios de pasar el día sin recurrir al padre del idem.

Seria en vano que al despertar por la mañana abriese el mortal el balcon y entonase este cántico suplicatorio:

—¡Oh sol, tú que eres padre del día, envíame alguna cosa con qué alimentarme hoy!

El padre del día le contestaría en un luminoso discurso, poco más ó ménos, lo siguiente:

—Hijo mio, es verdad que soy el padre del día, yo lo fecundo todo, por mí dan fruto los árboles y chuletas los fondistas:—¡Come y calla!

El razonamiento no puede ser más claro ni el precepto más humano.

Pero ¡comer! esta es la gran dificultad.

Dichoso el primer hombre, á quien solo se le habia privado tocar á una fruta.

Desde que hemos inventado la moneda se ha convertido al mundo en un gigantesco árbol... prohibido.

Por eso la naturaleza regala á los pobres el siguiente sarcasmo:

—¡Tenga Vd. hambre y llame Vd. al sol padre del día!

Luis Rivera.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

II.

Como aquel corregidor de Barcelona, immortalizado por Larra, que para evitar los escándalos ocurridos cada año en el primer baile de máscaras, dispuso que en adelante se principiara siempre por el segundo,—quiero empezar el exámen de la Exposicion saltando la primera sala, ocupada por las obras de Manzano. Los pintores, con una galantería que les honra mucho, han cedido el lugar preferente á su malogrado compañero. Nosotros lo dejaremos para el último, lo cual es tambien un género de distincion. ¿No habeis observado que en las procesiones el puesto de honor es siempre el postreño? De ese modo, en la falange de pintores que ha de desfilar á nuestra vista, Manzano cerrará dignamente la marcha y su recuerdo quedará más vivo en la memoria.

Penetremos, pues, en la sala inmediata, y no creais que á ello me mueve la pretension de adjudicar indirecta y perentoriamente el primer premio al Cristo de Domenech (núm. 109),—aunque la obra dá *pié* para eso y mucho más.

No: si antes he rehuido empezar por un muerto, ahora tengo verdadero placer en principiar por un resucitado.—Hablo de Puebla, que despues de ahogarse en el *Lago de las Hadas*, resucita milagrosamente... entre los vivos, antes del tercero año.

El *Compromiso de Caspe*, con todos sus defectos, me parece una obra estimable. La composicion quizá podria tener más claridad, el dibujo más valentia, la figura principal más movimiento y mejor expresion. Pero el efecto es agradable, la entonacion apacible, el color reposado; y estas prendas compensan ó atenúan muchos defectos.—Acaso no se comprenda bien que la escena pasa al aire libre y á la faz del cielo; acaso la luz que

ilumina á los personajes parezca más bien de un estudio que de una plaza; acaso no haya suficiente distincion de valores entre las figuras de primero y último término, lo cual, unido á la minuciosidad de pormenores que se nota en todas, quita ambiente al cuadro y hace un tanto confusa la composicion. Pero con todo eso, aun insisto en considerar la obra como un progreso del pintor, que al fin logra sacudir la maligna influencia de *las Hadas* «que fadado lo tienen.»

Otro género de confusion produce en el ánimo del espectador el momento de la accion elegido por el pintor. Su intencion evidente ha sido presentar el instante en que todo el concurso, arrebatado por el orador, aclama al nuevo rey, concluido ya el sermón. Pero entonces, ¿por qué San Vicente, en vez de aclamarlo tambien, señala al cielo como si aun estuviese predicando? De ello resulta que, comparada su accion con la de los demás, no parece sino que todos predicán. El defecto, aunque á primera vista pudiera creerse irremediable, quizá no lo sea, si el artista, que segun parece no está muy satisfecho del santo (y razon le sobra), rehace la figura dándole una actitud que justifique la de su auditorio.

De los cuatro cuadros restantes, el mejor sin disputa es el de *Margarita y Mefistófeles en la catedral* (339). La composicion, aunque sencilla, no carece de interés, y las figuras están bien distribuidas, aunque no todas tienen el tamaño correspondiente al plano que ocupan. La de Margarita me place: así pudiera decir lo mismo de su terrible martirizador. Pero ¡ay! aquel Mefistófeles es todo un demonio de ópera, en cuya grosera fealdad no se trasluce un solo rayo de la maligna agudeza que Goethe le prodigó con mano liberal.—Y á propósito de manos, ¿qué juego trae con las suyas el pobre Mefisto? Aquella crispatura afectada, violenta, casi imposible, no es sino el recurso de un pobre diablo que no sabe qué hacer de sus manos.—A la derecha del cuadro hay una figura, antigua conocida del público. Aquella cabeza ha servido en otro cuerpo. Es la famosa de Colon, que cuatro años atrás fundó á la reputacion del artista. En el *Compromiso de Caspe* creo descubrirla tambien (y por duplicado), aunque un poco modificada. El Sr. Puebla tiene derecho á servirse de ella como mejor le cuadre: suya es, y nadie se la disputará. Pero, hablando con franqueza, quizá le convendria un poco más prodigarla un poco ménos. ¡Qué diablos! tres Colones son muchos para un solo año—y para un solo hombre: Dios, con ser Dios, hizo uno, cuatro siglos há, y aun no se ha tomado la libertad de reproducirlo.

De la prueba hecha en esta Exposicion sale airoso el Sr. Puebla, y sus obras nos dejan ver en él un artista modesto, dócil, laborioso, concienzudo, que mirando por su reputacion comprometida, vuelve á la buena senda, de donde nunca debió apartarse.

Jamás tendrá que hacer otro tanto el Sr. Ferrandiz. Su estilo (su manera, iba á decir) está formado, y sus prendas, buenas ó malas, no son de las que se pierden ni se modifican en un día.—El *Tribunal de las aguas de Valencia* (143) no es un cuadro mal concebido ni mal compuesto; y sin embargo carece de unidad. La luz está derramada con imprudente igualdad sobre todo el lienzo, y la vista no reposa ni se detiene en parte ninguna. Fuera de esto, los personajes del Sr. Ferrandiz, con una voluntariedad que honra mucho la independencia de sus caracteres, no siempre se someten á las leyes de la perspectiva. El huertano del centro es enorme, y á la misma generacion gigantesca corresponde el pacífico paquidermo de la derecha. Las demás figuras, sobre todo las de la izquierda, llaman la atencion por la viveza del gesto, que

tal vez propende un poco á la caricatura. Yo, sin ser curioso, daría cualquier cosa por oír la relacion del viejo que habla al oído de su colega: la maliciosa sonrisa del relator y la profunda atencion del oyente no me hacen pensar nada bueno de la linda huertana que comparece ante su infalible autoridad.

La escena de *El Charlatan político* (140) está compuesta con más arte y tiene cosas muy bien pintadas. La cal es cal, y las piedras son piedras: lástima que los calzones de seda sean tambien piedras, y los zaragüelles de lienzo sean tambien cal. Con un poco más de exajeracion resultaba un cuadro de cal y canto.

El defecto capital del Sr. Ferrandiz es abusar del albayalde (como algunas damas que todos conocemos), y esta tendencia, intuitiva en el pintor, está exajerada por la naturaleza cuasi-primitiva del traje valenciano, en que tanto predominan los paños menores.

Si el Sr. Ferrandiz derrocha el blanco, el Sr. Durán no siempre escatima el negro. En su casa debe haber un frasco de betun de botas, cuya pérdida seria para él una verdadera ganancia. En sus valientes retratos se manifiesta el temple de un colorista á la manera de Velazquez,—hablando con acatamiento. Acasó el jóven pintor, preocupado con esta semejanza de temperamento, sigue con alguna precipitacion los pasos del gran maestro, gracias á lo cual provocan sus obras un paralelo mental é involuntario que no puede serles ventajoso. En particular el *Estudio de cabeza* (123) recuerda de tal modo, por la facha del modelo, el *Esopo* y el *Menipo*, que la comparacion es inevitable y desastrosa. Las sombras resultan pesadas; la franqueza degenera en afectada desenvoltura, y las pinceladas no se funden ni armonizan como fuera de desear.—Los tres retratos me parecen bien, muy bien. El de la cortina roja (120), aunque más acabado y ménos modesto que los otros dos, no me agrada tanto. La figura toda se cae un poco á la derecha, y la cabeza, notable por su hermosa expresion, pierde bulto á causa del fondo, que resalta demasiado.—Sin embargo de lo dicho, aun es forzoso reconocer en el Sr. Durán un pintor de brillantes disposiciones, que va por buen camino y que acomete la verdad con un vigor poco comun por desgracia.

Supuesto que estamos en la sala segunda, nadie nos impide mirar los dos paisajes del Sr. Urgell. Todo—casi todo—está bien sentido y bien expresado en su marina *despues de la tempestad* (409): las nubes que se retiran, y las olas que se amansan, y las arenas que humedecidas por la resaca, exhalan todavía los vapores salinos del mar.

Aun tiene tonos más delicados el otro pais (408) que representa una escena campestre *á la caída de la tarde*; —y sin embargo me place ménos, porque ya no se respira en él tan de lleno el ambiente del asunto. De cualquier modo, los dos paisajes del Sr. Urgell nos presentan muy ventajosamente á un pintor que busca la poesia y sabe hallarla sin detrimento de la verdad.

Ménos me llenan, á pesar de sus excelentes cualidades,

LA SEÑORA DEL 13. (4)

(Continuacion.)

—¡Qué lástima que todas estas mujeres tan bellas, tan elegantes, tan distinguidas, sean el prototipo de la inconstancia.

—¡Hola, señor mio! me dijo el aleman sonriendo; ¿abrigais la conviccion de que la mujer es frágil?

—Sí tal, le contesté; creo que para un hombre todo es cuestion de tiempo y de constancia.

—Eso es demasiado absoluto.

—¿Sabeis latin?

—Un poco.

—Pues recordad aquella gran sentencia:

Gutta cavat lapidem...

—Basta, exclamó el aleman; recuerdo la frase, pero no opino como vos.

—¿Sabeis de alguna mujer con la cual sean inútiles todas las tentativas?

—Sí, sé de muchas que darian un mentís á vuestras locas teorías.

—¿Dónde se ocultan esos fenómenos de la naturaleza? —Allí hay uno, y señaló á un rincon del salon donde estábamos. En seguida me saludó y se alejó diciéndome:

—Nuevo Lovelace, no ensayéis vuestro sistema con aquella jóven. En el mundo hay escepciones para todas las reglas.

Yo me quedé mirando á la mujer que me acababan de enseñar como un modelo de virtudes. Era una niña que podría tener diez y siete años. No me detendré á descri-

los cuatro que componen la exposicion del Sr. Rico.—La *Vista de los Pirineos* (345) se reduce á un grupo de árboles bastante verdes sobre un fondo de nubes bastante oscuras.—Yo aceptaria gustoso la escasez de estos elementos, si á lo ménos se dignaran los árboles tener alguna más solidez que las nubes. Pero mucho temo que el primer soplo de viento, al disipar las nubes, disipe tambien los árboles.—Más consistencia tiene el *Molino de Gabas* (346), y las rocas en que se asienta tranquilizan el ánimo acerca de su duracion. Pero el lienzo que más me satisface de los cuatro está dos salas más adelante, y representa un rio con acompañamiento de lavanderas. (54) Quizá consiste su principal magia en que, estando ménos concluido, la imaginacion del espectador atribuye á los objetos una solidez que acaso no les hubiera dado al perfeccionarlos el pincel del artista.

Con sus tachas malas y buenas, los paisajes del Sr. Rico (inferiores á los de la última Exposicion), le mantienen en el puesto distinguido que ha conquistado entre los pintores de su género.—Lo que principalmente pudiera echárseles en cara (si cara tuvieran los paisajes) es... ¿cómo diré yo?... cierta vaguedad de expresion, cierta indeterminacion de sentimiento, cierta falta de carácter, que en ocasiones deja indiferente al espectador. Una de las cosas que más contribuyen á caracterizar un pais es la luz, ya matutina, ya meridiana, ya vespertina, ya crepuscular. Pues bien, lo diré con franqueza, yo por mi parte nunca sé que hora es en los paisajes del Sr. Rico.

Respecto á horas solo comprendo (y lo echo de ver un poco tarde) que ya es tiempo de pasar á otra sala. Pero no he de hacerlo sin saludar antes á un compañero cuyo talento crítico estimo tiempo há, pero cuya habilidad pictórica me sorprende hoy agradablemente por primera vez. La *Santa Casilda* del Sr. Melida (261), prueba que en una misma mano caben holgadamente pluma y pincel. *Palmas habet iste duas.*

Los artistas me perdonarán el latinajo, y yo en cambio les prometo no ceder más á la tentacion de pedantear... por lo ménos en este artículo.

Federico Balart.

EL HUESO DE CEREZA.

Apólogo.

Muchas veces, lector caro, habrás comido cerezas, sin que se te haya ocurrido, ni por acaso siquiera, que una leccion provechosa se hallára escondida en ellas. Y para que no lo dudes y por sabida la tengas, este apólogo te ofrezco venido de luengas tierras.

«Esprime un niño en sus labios el zumo de una cereza, y arroja en seguida el hueso,

bir su hermosura. ¿Para qué he de cansarme en ello? ¿No es verdad que todas las mujeres hermosas se parecen en algo?

Verla y dirigirme á ella fué obra de un momento.

Encontré detrás de aquella hermosura incomparable un candor incomparable tambien. Esto era para mí una gran cosa. Es jóven, me dije; será mia. Me enteré de sus cualidades: toda Venecia hubiera puesto por ella las manos en el fuego.

—¿Quién es esa niña tan bella y tan candorosa? le dije al dueño de la casa.

—Es mi sobrina, me respondió el príncipe Gola.

Este nuevo dato me animó más á emprender la conquista de la inocente niña.

Frecuenté la casa. Procuré disimular á los ojos de todo el mundo mis proyectos, y comencé á pintar á Genoveva un amor admirablemente romántico. Le procuré todos los libros que podian excitar su imaginacion, fingi estar enfermo por ella, le aseguré que pensaba curar con el suicidio el daño que su virtud me causaba. Genoveva fué inexorable, y juraba que me amaba ciegame. El resultado de esta lucha fué enamorarme como un loco de aquella niña. Ya no era sensualismo, sino amor, verdadero amor lo que por ella sentia. Pero yo he jurado no casarme, y espero morir soltero. Desistí de mi empeño, y partí á Alemania. Llevaba el corazon trasgado.

A los dos meses de haber partido de Italia, los periódicos me anunciaron la desaparicion de Genoveva.

—¿Cómo? preguntó Juanito interrumpiendo al vizconde,

—Fué un escándalo, un verdadero escándalo. La niña inocente y sencilla se escapó de la casa de su tío con un francés desconocido. Despues de esto, amigo Juan, crea usted en la virtud de las mujeres.

que un anciano coge y siembra á la márgen de un arroyo que entre el césped juguetea. Lo vé el niño, y con sonrisa entre burlona y discreta, oye decir al anciano: —¡Feliz si nacer te viera! Pasó algun tiempo, y el niño, mozo ya, volvió á la aldea, de su niñez recordando las ilusiones primeras. A la márgen del arroyo fué á solazarse una siesta, y allí al anciano encontróse testigo de su edad tierna, que un arbolillo podaba con paternal complacencia. —¡Infeliz, murmuró el jóven, no ve que su fin se acerca, y gasta en pueriles juegos los minutos que le restan!

Más de diez años pasaron. batió sus alas la guerra, y el estrago y el incendio asolaron las praderas. Corrió á las armas el mozo, murió el anciano de pena, y el arroyo triste y seco tornóse laguna infecta. Un dia, tras un combate, solo, cansado, sin fuerzas, agobiado por los rayos del sol, que su ardor aumentan, consumido por la fiebre, y del hambre y la sed presa, llegó exánime el mancebo de su lugar á las puertas. Un arbusto halló gigante donde el arbolillo viera, y á la sombra de sus ramas pudo restaurar sus fuerzas, la sed y el hambre apagando con el fruto que conserva. Entonces comprendió el mozo del anciano la prudencia, y sus lágrimas cayeron en la agradecida tierra.

«¿Quién no ha imitado del niño la culpable ligereza, arrojando lo que un dia buscó con ansia suprema? La vida no es otra cosa que el suelo donde se siembra, y las dulces ilusiones, las esperanzas risueñas, los placeres que anhelamos, la dicha que nos inquieta, todo esto es para nosotros ¡el hueso de la cereza!»

Por eso yo, cuando el tiempo de comer cerezas llega, me como el hueso, y si no lo parto con una piedra.

M. del Palacio.

—Ciertamente que la historia puede bien llamarse leccion de filosofia amorosa. Por supuesto que no habrá usted vuelto á ver á la pública Genoveva.

—Sí, señor, he vuelto á verla.

—¡Ah! ¿sí? ¿Dónde, en Alemania?

—En Madrid.

—¿Hace mucho?

—Esta noche.

—¡Cáscaras! vizconde; la historia me interesa más ahora, y por lo visto la sencilla jóven estaba en el teatro Real.

—En el palco núm. 13.

—¿Era la mujer aquella á quien todos hemos mirado?

—Aquella.

—¿La que vestia de blanco, sin adornos?

—Sí tal.

—¿La que se marchó á la mitad del acto tercero?

—Justamente.

—Vizconde, me acaba Vd. de hacer feliz!

—¿Por qué? preguntó el vizconde asombrado.

—¡Ahí es nada! ¡uf! ¡Qué rayo de luz para mi amigo.

—¿Qué amigo?

—¡Digo digo, no le voy á dar mal susto!

—¿Pero de qué está Vd. hablando?

—Vizconde, ¿Vd. ama todavía á esa mujer?

—¿Quién sabe! murmuró el vizconde.

—¡Hágame Vd. el favor de decírmelo!

—Ha sido la única mujer de quien me he enamorado, la única que se ha burlado de mí. ¡Yo soy en esta materia un poquito orgulloso! Intentaré un nuevo ataque, y si esta vez quedo tambien humillado, habré encontrado una ocupacion que me distraerá en medio de mi eterno spleen.

—¿Qué hará Vd.?

(4) Véanse los números desde el 27, correspondientes al día 3 de enero.



Lit. Atocha-16.

EL TORO DISECADO QUE SE PRESENTARÁ EN LA **ESPOSICION DE PARIS.**
 Los franceses adoptan delante de la **fiera** el traje español, creyéndolo mas seguro.

—Me dedicaré á matar á esa mujer lentamente.
 —¡Vizconde de mi alma! dijo Juan levantándose del asiento; me ha hecho Vd. feliz, y lo repito, completamente feliz: mañana continuaremos; ahora voy corriendo á quitarle á un hombre dos ó tres docenas de ilusiones... perdone Vd., pero es asunto que corre prisa. ¡Ea, adios! pague Vd. mi cena, que yo no traigo más que papel, y no tengo suelto; ¡qué historia tan original, qué cosas tan raras, qué rayos de luz, qué cosas! ¡Hasta mañana, vizconde, hasta mañana!
 Y Juanito salió apresuradamente del café, y el vizconde se quedó diciendo:
 —¡Pero qué demonios le ha dado á ese hombre?

XII.

En el paseo.

Siete ú ocho dias se pasaron sin que sucediera nada que de contar sea.
 El lector me permitirá que le encargue que no debe olvidar nunca la fecha en que vive. Así, por ejemplo, tenga muy presente si de un capítulo á otro pasan dos, cuatro ó más dias, ó meses ó años.
 Todo será necesario para la mejor inteligencia de las cosas.
 Pasaron, pues, siete ú ocho dias sin que nada de particular sucediera.
 Se acababa el Carnaval: era el dia 7 de febrero.
 Aristides y Juanito paseaban en coche por la Castellana.
 Aquel dia, ó hablando con más propiedad, aquella tarde, Juanito hablaba de un modo poco comun en él.
 —Mira, chico,—decía—estoy resuelto á hacer dinero á toda costa. ¡Qué es un hombre sin dinero? Es lo mismo

que un cuerpo sin alma. Por consiguiente, hay que resolverse de una vez á ser capitalista.
 Aristides sonreía.
 —¡Lo tomas á broma? ¡Buena! Por mi parte ya tengo coordinado mi plan, y creo que mis cálculos no van equivocados.
 —¡Ah! si hay un plan ya coordinado...
 —¿Crees que eres el único que tiene secretos, picarillo? Recuerda la noche en que me contaste tu extraordinaria pasión por la incógnita...
 Aristides suspiró.
 —Me dijiste al comenzar: «Oye mi secreto.» Pues bien, ahora me toca á mí decirte: Oye tú el mio.
 —Soy todo oidos.
 —Excuso encargarte la mayor reserva...
 —Juan, ¿existe la desconfianza entre nosotros?
 —No, hombre, no, de ninguna manera; pero quiero decirte con eso que mi empresa tiene muchísima importancia y muchísima trascendencia.
 —¡Oiga! ¿Se trata nada ménos que de una empresa?
 —Sí, Aristides; pero de una empresa colosal, admirable; ¡una de las cosas más grandes que han presenciado los siglos!
 —Permíteme que me ria.
 —No te lo permito, ¡caracoles! Vas á quedarte asombrado cuando lo sepas todo.
 —Si continúas haciendo paréntesis y descansos, no lo sabré nunca.
 —Voy derecho al asunto. Pues señor, mi negocio es... ¡un negocio vinícola!
 Aristides, á pesar de que estaba muy preocupado, prorumpió en una extrepitosa carcajada.
 Juanito le dijo:
 —Tendré que permitirte que te rias, para que despues

tengas que pedirme perdon, porque estoy seguro de que voy á confundirte.
 Y reanudó su relacion diciendo:
 —Ya sabes que una de mis doscientas cincuenta profesiones ha sido la de comisionista de una casa de comercio; pues bien, lo que no sabes, sin duda, es que en mis viajes por el extranjero he pasado varias veces por un pueblecito que se llama *** y que está en el camino de Lombardia. El pueblo no es notable por nada, y esa es una gran condicion como puedes comprender; sin embargo, el vino de aquel pueblo es notabilísimo; yo concederia medalla de oro á cualquier persona que se bebiera tres botellas de aquel vino y no reventara. Es el veneno más disimulado que he visto. Parece imposible que habiendo un licor como el de que te hablo, se usen todavía esos especificos que hoy están en uso para matar los ratones.
 —Juan, te envidio esa facilidad que tienes de distraerte.
 —No, hombre, no, es muy cierto todo lo que te digo, y lo creerás sin gran trabajo cuando yo te cuente que los naturales del país lo beben adulterado.
 —¡Ah! De ese modo...
 —«¡Ah de ese modo!...» ¡Si no me dejas hablar, caramba! Pues como te digo, los naturales del país beben el vino aquel mezclado con agua y con otro vino de las cercanías que, al contrario del de que te estoy hablando, tiene todas las buenas cualidades que se le pueden exigir á un vino decente. Una de las veces que yo fui á *** me dieron para el viaje vino sin preparar, es decir, puro, tal como sale de las uvas.

Eusebio Blasco.

(Concluirá.)

